

moribundo no es mas que un ajusticiado que ha recibido de las pasiones humanas un castigo legal. Lo manifestais saliendo de la tumba en el esplendor de su carne transfigurada, desafiando triunfante á la muerte; ¡y para vosotros ese resucitado no fué jamás difunto, y su resurreccion no es mas que el sueño de una muger entusiasta y de unos cuantos discípulos alucinados! ¡Ah! ¡Cómo admiraros despues de esto, de que á pesar de todos vuestros esfuerzos de talento para expresar en vuestras obras el ideal que nuestra fé descubre á través de la luz evangélica, falte todavía la belleza y la magestad divina á esa cabeza de nuestro Cristo, privada en vuestro pensamiento racionalista, de su corona de gloria y de la auréola de Dios? ¡Cómo extrañar que al mirar estas figuras de nuestro Cristo, trazadas por un arte incapaz aun de comprenderlo, nuestra fé se llene de indignacion y exclame volviéndoles la espalda: ¡No es él!?

Señores, mucho me cuesta el decirlo; me causa rubor, por mi siglo, y por mi país. He visto á esos Cristos mutilados, á esos Cristos deshonorados, con un rostro y un traje cuya trivialidad repugna á la vez al sentido comun y á la fé, caricaturas mas bien que retratos de mi Dios desconocido; yo los he visto ofrecidos por el escepticismo ó la negacion artística á los sufragios de los maestros, y á la admiracion de los creyentes mismos. Al verlos he bajado los ojos de tristeza y vergüenza, y he dicho: ¡Mutilacion! ¡Sacrilegio!... ¡Id, pintad y esculpid al hombre, puesto que no creéis mas que en el hombre; pero, por favor, respetad á nuestro Cristo; por favor os ruego, no me presentéis la caricatura de Dios!...

Lo que decíamos aquí de los cuadros y de los retratos que el arte escéptico hace del Dios de los cristianos, ¿no podemos tambien decirlo de los templos que se le edifican y de las armonías que se le cantan? ¡No es acaso de esta carencia de fé, de donde

provienen especialmente esos edificios religiosos que un escritor ha apellidado tan bien las *calzadas* de la oracion? ¡Edificios extravagantes, que expresan todo lo que se quiera, excepto la idea cristiana! ¡Oh grandes arquitectos! No creéis en la divinidad de mi Dios: ¿como, pues, le elevareis un templo digno de su magestad? ¿Cómo obligareis á la piedra á respirar su vida y á expresar su símbolo? Y vosotros, príncipes de la armonía, empredeis hacer elevarse sobre el altar, á la hora del gran misterio, el canto del sacrificio; ¿y no creéis ni en la realidad del sacrificio, ni en la presencia del Dios que en él se adora? ¡Ah, sereis castigados! El alma se ausentará de vuestras obras; vuestro escepticismo será la traicion de vuestro génio; y ya oigo al arte y á la fé gritaros á una voz: ¡Atrás los profanadores!

III.

Si es cierto que la creencia del hombre debe entrar en la obra del artista, todavía la creencia no basta: al par que la fé, es necesario introducir el amor: porque segun la bella expresion de un escritor, "arte quiere decir amor, y artista el que ama".

¡El amor! Mi asunto me obliga á emplear aqui esta palabra tan profanada. Yo os pido permiso de pronunciarla mas de una vez, en su sentido mas rigurosamente casto, y si me atrevo á decirlo, mas divinamente puro; y yo evoco en vosotros, para que me haga eco, la parte mas virginal y mas angélica de vosotros mismos.

En cualquier género que sea, no hay obra maestra que no sea una flor ó un fruto de amor. Un autor muy profano de la época actual ha escrito estas palabras: "El amor, sea cual fuere, es el primer elemento del arte: es su soplo vital". El sea cual fuere está aquí de mas; hace jurar una cosa falsa, en el

fondo de una fórmula verdadera. Hay un amor trastornado que hace salir de su lugar el polo, y apaga la luz del arte, quitando su puesto al polo y extinguiendo la luz de la vida. Este amor al revés viene á terminar en la belleza satánica, es decir, en la deformidad velada bajo un esplendor aparente. No: lo que es el primer elemento del arte y su soplo vital, no es el amor *sea cual fuere*, sino es verdaderamente el amor. El amor en la verdad, el amor en el orden, el amor mas fuerte y mas ordenado: hé aquí la verdadera potencia del artista, la potencia de crear fuera de sí el orden que se tiene dentro de sí.

Mirad el mundo, ó si quereis, los mundos, es decir, la armonía y la belleza en el universo: en todo y por todo, lo que es bello en cualquier grado, sale de una creacion de amor. El amor, es decir, el movimiento de la vida que se difunde fuera de sí, es el principio creador de toda belleza que reluce. La creacion del mundo entero no es sino un fruto del amor divino: es el amor de Dios que se difunde fuera de sí mismo conforme á la inclinacion de su divina bondad; *amor sui diffusivus*. Sí, Señores, la creacion del mundo, es decir, la obra tan admirablemente armoniosa del divino artista, es el acto del amor increado manifestándose en la creacion; y este acto de amor, no fatal como lo sueñan doctrinas insensatas, sino libre, hace relucir en el conjunto de los seres creados, el orden general que es la belleza del universo, y en cada ser individual, el orden particular que constituye su belleza propia: de modo que, de un cabo al otro del mundo, no hay un ser que ostente un rayo de belleza, que no pueda y deba exclamar: ¡Soy hijo del amor! Pues bien, Señores: lo que Dios ha hecho por el mundo, todo ser creado lo hace segun la medida de su propia energía: produce por el amor que tiene en sí, en un movimiento que lo llama fuera de sí. Todos los vivientes, sin excep-

cion, desde el mas pequeño hasta el mas gigantesco, crean en el amor, é imprimen á lo que crean, la efigie de su propia belleza. Lo que no ama, no produce. El egoismo absoluto es la esterilidad absoluta, porque es la vida exclusivante en sí. La esterilidad no es la ausencia de la vida, sino la vida detenida en sí mismo. El ser viviente, pero estéril, es aquel que libremente ó por fuerza, retiene la vida en la cautividad del yo. Pero dondequiera que hay una fecundidad, una creacion, un punto del bien ó de la belleza mostrándose á la luz, hay una vida que sale de sí misma para difundirse fuera de sí misma, es decir, un acto de amor.

Era menester lanzar de lo alto una mirada sobre este misterio profundo. Vemos mejor á la luz de esta mirada, porqué y cómo el amor es verdaderamente la gran potencia y la gran vitalidad del arte. Hemos dicho que tambien el artista es creador: es el creador humano de la belleza. Esto supuesto, se concibe fácilmente que, para él sobre todo, el amor es principio de fuerza y de fecundidad, y porqué este amor bien ordenado es la gran potencia de su arte. El artista que no ama, puede todavía ser hábil; jamás será verdaderamente bello. El artista que ya no tiene corazon, puede todavía tener génio; pero esta potencia del génio, sin el resorte del corazon, no hará nada encantador. En el arte, como en la naturaleza, el amor es el gran hechicero, y el corazon es el motor supremo. Hé aquí porqué el artista debe ser un hombre de corazon, tanto y mas aún que un hombre de génio. Me agrada esta expresion que un autor pone en la boca de un artista ya célebre, que habla á un niño adornado de bellas dotes á quien veía dulcemente conmovido con el recuerdo de su madre: "Tienes corazon, le dijo abrazándolo; yo te felicito: es una bella cualidad, aun en el arte." El amor hace en las obras del artista algo análogo á lo

que hace en el rostro del hombre que ama; hace florecer la belleza. El odio afea, el egotismo desfigura; al amor embellece y transfigura. Sea cual fuere la razon, ello es un hecho; todo rostro animado por un amor virginal y puro, se cubre de una belleza que no semeja á ninguna otra. Quien ama bien y ordenadamente es bello por su mismo amor. Así acaece poco mas ó menos, con la obra del artista: se ve en ella, se siente en ella, la expresion armoniosa de un corazon que ama. El hombre no encuentra mas que en un movimiento de su amor la expresion perfecta de la belleza, y solo á fuerza de amar llega á las cumbres radiosas del arte.

Tal es, en efecto, la relacion maravillosa entre lo bello que produce el amor, y el amor que reproduce lo bello. Una vez comprendida esta belleza por una mirada lúcida, y una vez amada por un corazon puro, el amor experimenta esa generosa ambicion que prepara la creacion de obras maestras, la ambicion de hacerlas brillar con nuevo esplendor. Tal es la necesidad sencilla y encantadora de todo lo que ama con sinceridad y pureza: hacer mas bello lo que se encuentra bello y, si me es lícito expresarme así, embellecer la misma belleza. "El que ama, dice un autor, se complace en delinear por todas partes las facciones del objeto amado;" si tiene un génio que poner al servicio de su amor, y una destreza al servicio de entrambas, hará una obra maestra. No le basta que sea bella esta imágen de lo que ama, es menester que sea bellísima; y si la realidad no lo autoriza á tanto, invocará al ideal. Sí; como todos los que aman de veras, idealizará lo que ama para poder amarlo aun mas; y, si puede, sobre una frente oscurecida por una sombra terrestre, hará brillar un reflejo de la celeste belleza. En una palabra, no solo embellecerá el artista lo que ama, sino que idealizará, divinizará tal vez el objeto de su amor artís-

tico. Sí; si ama hasta la adoracion, su ambicion irá hasta allí; procurará formar una divinidad que pueda no solo amar, sino adorar; y si su corazon no se ha remontado hasta Dios, pondrá su arte al servicio de la idolatría.

¡Feliz, por tanto, el artista que ha sabido apasionarse de tal manera de lo celeste y de lo divino, que su amor á la belleza puede tornarse en culto sin convertirse en idolatría! ¡Feliz al menos, si ha elevado su amor lo bastante para contemplar las bellezas mas cercanas al cielo y mas próximas á Dios! ¡Feliz si tiene el corazon bastante vuelto hácia su verdadero centro, y el amor bastante inclinado hácia su verdadero polo, para no recibir de la vision de la belleza otro estremecimiento fuera del que hace subir mas del lado del infinito! ¡Feliz si viendo pasar ante sus ojos admirados, ó á través de su alma castamente conmovida, la vision de la belleza terrestre, no siente la necesidad de seguir su rayo deslumbador, sino es para remontarse hasta su eterno foco, y beber en las apariciones de la belleza creada la santa y sublime pasion de la belleza increada! ¡Feliz, en fin, nuestro artista apasionado de lo bello, si sabe bien *disponer en su corazon esas ascensiones* sublimes que hacen subir el alma hasta el amor de la divina belleza, y la elevan, digámoslo claro, hasta el amor de Dios! Diré mas tarde los milagros que el amor de esta belleza divina encarnada en el Hombre-Dios ha obrado en la esfera del arte cristiano. Pero no olvideis jamás que aun en la esfera del arte humano, importa acrisolar el amor, en la llama de ese amor celestial y casto de la divina belleza. Así pues, ¡artistas, mis nobles y gloriosos hermanos!, amad toda belleza en el amor de la suprema belleza, amad á Dios, en fin, mas que todo, y sobre todo; hareis milagros con el poder de este amor, soberanamente legítimo y ordenado; observareis el culto de la belleza sin caer

en la idolatría; no hareis estatuas para que la humanidad las adore, hareis obras maestras para que las admire, y por medio de esta admiracion se remonte hasta el amor de la belleza divina.

IV.

No obstante, Señores, para que este amor de que acabo de hablaros obtenga en el arte toda su potencia y toda su fecundidad, es menester que, con un esfuerzo generoso, se convierta en lo que llamábase hace un instante un amor *fuera de sí mismo*, un amor arrebatado á sí mismo por esa cosa santa y sublime, que se llama la abnegacion del yo ó el sacrificio personal. ¡Fenómeno admirable en todas las cosas, y particularmente en el arte! La abnegacion es quien hace los milagros y las obras maestras; la abnegacion artística, cuyo primer grado es el olvido de sí, el segundo el éxtasis que pone fuera de sí, el tercero el entusiasmo que trasporta á Dios. El egoismo, aun en el arte, es una cosa tan monstruosa y tan detestable, que no se llega á la gloria de las grandes creaciones, sino á fuerza de olvidarse de sí mismo, es decir, á fuerza de reaccion contra el amor propio.

La primera cosa que hay que obtener en el arte, es, como hemos dicho, la vision lumimosa de la verdadera belleza. Ahora bien, observadlo, sin una cierta dosis de olvido de sí mismo, no hay verdadera penetracion de la belleza. La primera condicion para llegar á la vista clara de la verdadera belleza, no es la mirada echada sobre sí mismo, sino antes bien la mirada lanzada fuera de sí. Es que, en efecto, el verdadero punto objetivo de la belleza que ha de contemplarse no está en el hombre; está fuera del hombre; no está en el *yo* sino fuera del *yo*. Sin duda que el alma humana es ella sola una belleza dig-

na de verse, y una belleza que encanta; es el santuario en que reside la belleza moral, pero esta misma belleza, supuesto que exista, no es sino el reflejo en el hombre de una belleza superior al hombre; y todo el que se detiene á contemplar en sí mismo esta belleza emanada de un rayo de lo alto, sin remontarse con la mirada hasta el foco divino, pierde poco á poco el sentimiento de la verdadera belleza; vuelve la espalda al verdadero sol de lo bello, para quedar absorto en un reflejo; trastorna para sí el objeto de la vision artística; mientras mas se detiene en sí mismo, mas oscurece los resplandores que le descubren la verdadera belleza; y á medida que su alma se aísla en la contemplacion y admiracion de sí misma, mas y mas pierde esa belleza que no tiene todo su esplendor sino á condicion de ignorarse á sí propia: porque la verdadera belleza del alma semeja á esas hermosuras cándidas y virginales que se descubren á todos sin comprenderse á sí mismas, y que no dejan ver en su puro esplendor ninguna de esas sombras que el amor propio arroja sobre toda belleza. Es indispensable al artista, en una palabra, en presencia de la belleza que se muestra para provocar su contemplacion, una mirada absolutamente desinteresada, tan descuidada de él mismo, cuanto preocupada y verdaderamente enamorada de la belleza que contempla. La abnegacion obra este prodigio por medio del olvido de sí propio; y de este modo da al artista la primera condicion de su poder, es á saber, la mirada luminosa en presencia de su punto objetivo; en una palabra, la perspicacia de la belleza.

Juntamente con la perspicacia le da la inspiracion; una inspiracion sincera; cosa tan rara en el artista sujeto á la tiranía del yo. El génio que nada ha sabido conquistar del poder varonil de la abnegacion, está consagrado todo entero al culto de esa divinidad

vulgar que se llama la fama ó la popularidad: divinidad bárbara, caprichosa, devoradora, que hace postrar á sus plantas á sus vanidosos adoradores, y en cambio de una de sus sonrisas, exige muchas veces al génio humillado, el sacrificio de sus mas bellas prerogativas. ¡Cuántos, por complacer á esa diosa Fama, reinante en días aciagos sobre pueblos frívolos, han preferido el éxito de un día á la gloria de la inmortalidad, y han consumido, en medianías favorecidas por un gusto depravado, una energía capaz de producir obras maestras!

El hombre que, sintiendo moverse dentro de sí la fuerte sávia que hace las obras fecundas, ha dicho un día: "Voy á hacer mi nombre célebre; voy á hacer violencia á la gloria; voy á obligar á la fama á formarme un pedestal, una auréola, un imperio;" ese, creedlo, no es un verdadero siervo del arte; es un siervo del yo; es un adorador de sí propio, es un esclavo del egoismo. No será el hombre del *sursum corda*; no será creador de grandes cosas. Su preocupacion de sí propio, su egoismo miserable arrojará al viento de la popularidad que pasa, aun sus cualidades mas preciosas. Era deudor hácia nosotros de obras acabadas, de creaciones inmortales; el egoismo lo ha tocado con su sopro; ya no nos dará mas que creaciones efímeras y obras abortadas. ¡Porqué, Señores? ¡Preguntais porqué? Porque esta preocupacion exclusiva del yo, ciega para él las grandes fuentes de la inspiracion. ¡Ah! Es que en lugar de escuchar en el silencio de la concepcion, con un desinterés absoluto, las eternas armonías de la verdad y del orden, el egoismo artístico presta el oído á los rumores embriagantes de la aclamacion humana y de la ovacion popular. En lugar de atender en sus creaciones, á las leyes inmortales de la vida y de la fecundidad, mira tan solo á los caprichos mudables de la humanidad que lo mira y del

siglo que lo escucha. En lugar de buscar el infinito, busca lo finito; en lugar de mirar á lo alto, mira hácia abajo. En lugar de inspirarse en el cielo, se inspira en la tierra; en lugar de buscar lo que eleva, busca lo que lisongea; en lugar de aspirar á hacer obras verdaderamente bellas, aspira á hacer obras aplaudidas; pide al brillo de la fama el esplendor de la reputacion, y quizá la realizacion de su fortuna. ¡Hasta este punto se precipita el arte, una vez entregado á la dominacion del egoismo; en vez de trabajar en elevar las almas por el poder de la admiracion, trabaja en enriquecerse á sí mismo por el poder de la especulacion!...

o Suceda lo que suceda, y sea cual fuere su génio, este hombre no hará nada verdaderamente grande y verdaderamente admirable; y si á fuerza de trabajo y de talento puede todavía pasar en el mundo artístico por un astro que asombra, no pasará jamás por un sol que fecundiza. El olvido de sí mismo, la abnegacion no es necesaria tan solo para tener la plena vision de la belleza y la sinceridad de la inspiracion, es tambien necesaria para el trabajo doloroso de la ejecucion. Las grandes cosas del arte, así como las grandes cosas de la virtud, son hijas del sacrificio. El génio lleva consigo por todas partes esa ley de la fecundidad que alcanzó al género humano desde la cuna: "Parirás con dolor." ¡Y qué dolor algunas veces! ¡Cuántas lágrimas ha dejado caer quizás el artista sobre esa obra maestra que el mundo cubre hoy con coronas de honor y con flores de amor! ¡Así sucede: vuestros goces artísticos crecen en las lágrimas ó en la sangre del artista; con el dolor de crear os proporciona este la felicidad de admirar; cada uno de vuestros goces está henchido con sus sufrimientos!... Hé aquí porqué el hombre del arte es el hombre del sacrificio. En vano habrá brillado el ideal en su al-

ma inundada de luz; en vano le habrá sonreído la belleza con la mas celestial y la mas encantadora de sus sonrisas; en vano, revelándole todos sus encantos, lo habrá provocado á reproducir su imágen; en vano la idea de la creacion que hay que realizar se habrá elevado en el horizonte de su pensamiento como una estrella brillantísima; si repudia el sufrimiento, si rehusa el sacrificio, la idea no hará en su mano su encarnacion espléndida: si no pone en su obra las lágrimas, el sudor y la sangre, su obra no se llevará á cabo, el milagro no se realizará; en una palabra, si no es sacrificador, no será creador.

Así es que volvemos á encontrar aquí, dominando el mundo artístico, como el mundo moral, el mundo social y el mundo económico, á la grande y fecunda ley de la abnegacion y del sacrificio. Esta abnegacion, llegando á cierto punto, se convierte en algo mas que el olvido de sí propio; trasporta fuera de sí; engendra el *éxtasis* artístico, es decir, el génio artístico arrancado á los estrechos límites del yo, el génio arrebatado por la contemplacion absorbente y el amor raptor de la belleza ideal. ¡El éxtasis! ¡Ah, Señores! Bien sé que esta palabra podrá hacer sonreír á la medianía poco inteligente y superficial; pero estoy seguro que no causará el menor asombro al verdadero génio del arte. Sí: la hora, el minuto, si quereis, en que el artista recibe de su ideal el golpe que lo hace dueño de su obra y vencedor del obstáculo; la hora, tan llena á la vez de luz y de fuego, que hace brotar la chispa, decide la creacion, y hace gritar al artista, como al filósofo: “¡Lo he encontrado!” sí, esta hora es verdaderamente una hora de éxtasis; porque en esta hora no solamente el artista se olvida, sino que, como la palabra misma lo revela, está *fuera de sí*, está enagenado á sí mismo y arrebatado, como por milagro, al sentimiento moral de su propia vida y á las estrechas fronteras de la personalidad egoísta. ¿Quién

no ve aquí á la luz misma de las cosas, que este éxtasis artístico, presagio infalible del advenimiento de una obra maestra, no es sino la abnegacion misma elevada á su cumbre, es decir, el amor completamente *fuera de sí*? ¿Quién no ve como este sublime y generoso sacrificio del yo, arrancando al hombre á sí mismo, lo pone sobre el camino real del arte, y haciendo pedazos delante de él todos los obstáculos que pudieran detenerlo, le da alas para arrebatarlo hasta el cielo de las mas sublimes y de las mas ardientes visiones? Entonces es, en efecto, cuando absorbo todo en los resplandores de su ideal, el artista desaparece á sus propias miradas; entonces es cuando en ese cuarto de hora solemne, en que el arrobamiento lo enagena á él mismo de sí mismo, olvida la forma que engendra para hacer sensible la idea que lo seduce; y olvidándola es como la crea mas perfecta, porque nace por sí misma bajo el fuego de la inspiracion, espontánea, resplandeciente, bella en fin, con su belleza natural como un cuerpo viviente con el alma que lo inspira.

Llegado á este punto, el artista conoce, aun sin salir del orden natural, lo que hay mas divino en el hombre, lo que conduce á las mas altas cumbres del arte, al génio artístico elevado por su soplo poderoso, el *entusiasmo*; el entusiasmo, sin el cual nada enteramente bello ni enteramente grande se hace jamás en la humanidad; el entusiasmo, como si dijerais el *Emmanuel* del artista arrancado á sí mismo y transportado á Dios, al menos llevado tan cerca de Dios cuanto lo permite la naturaleza, ¡Ah! Bien sé que este entusiasmo no es todavía el que trasporta á los profetas; no es todavía ese comercio rigurosamente divino que es en esencia la vida sobrenatural, la vida de la gracia tal como la entiende nuestra fé. El entusiasmo, empero, como su nombre mismo lo dice, es como una aparicion de lo divino en el hombre; es